

Jueves Santo

Ex 12,1-8.11-14; Sal 115,12-13. 15-16bc. 17-18;

1 Cor 11,23-26; Jn 13,1-15

Con la celebración de esta tarde iniciamos el Triduo Pascual, el centro y culminación de todo el año litúrgico y de toda la fe cristiana: el misterio pascual, la celebración de la muerte y resurrección del Señor.

El apóstol Pablo nos ha recordado que esta tradición de reunirnos alrededor de la mesa para celebrar la Eucaristía viene del primer jueves santo, viene del mismo Jesús. Nos mantenemos fieles a su invitación: "Haced esto en memoria mía", y Él se mantiene fiel a su palabra: este pan "es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre".

Aquí tenemos nuestra Pascua: el Señor pasa por nosotros con el pan y con el vino de la Eucaristía y nos libera. La pascua de los israelitas era la fiesta de la liberación de la esclavitud de Egipto. La Eucaristía es la fiesta de nuestra libertad radical: Jesús nos salva del pecado y de la muerte.

EL TESTAMENTO DE JESÚS

Nosotros, esta tarde, queremos ser aquellos amigos de Jesús que estamos con él en ese momento importante, porque le amamos y queremos cumplir su voluntad, y ese testamento que Jesús deja a sus discípulos, que nos ha dejado por tanto a nosotros, se puede resumir en cuatro palabras: la eucaristía, sacerdote, amor y servicio.

LA EUCARISTÍA Y SACERDOCIO

Con la eucaristía, Jesús instituye un signo, el pan y el vino, que simbolizan su cuerpo y su sangre entregados por nosotros. San Pablo nos recuerda esta tradición de celebrar la eucaristía, una tradición que comienza el jueves santo y que se ha ido transmitiendo de generación en generación. Porque la eucaristía es el centro de la Iglesia, la eucaristía expresa el núcleo de nuestra fe: el misterio pascual de Jesús. Celebrar la eucaristía es querer ser fieles a la voluntad de Jesús aquel día en la última cena: "Haced esto en conmemoración mía". Con estas palabras Jesús daba el poder a sus apóstoles, a los obispos y a los sacerdotes, para que celebraran la eucaristía...Así como apreciamos el don de la eucaristía, podemos hacerlo con el don del sacerdocio...

EL MANDAMIENTO DEL AMOR Y DEL SERVICIO

Otro punto central del testamento de Jesús es el mandamiento del amor. En el evangelio se nos relata ese gesto que Jesús hizo con sus discípulos: les lava los pies. Es un gesto que expresa de forma muy significativa aquel mandamiento suyo: "Que se amen unos a otros como yo los he amado". Y así como después de instituir la eucaristía les dijo "Haced esto en memoria mía", también después de lavarles los pies les dijo: "¿Comprenden lo que he hecho con ustedes?...También ustedes deben lavarse los pies unos a otros; les he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con ustedes, ustedes también lo hagan". La caridad debe ser, pues, el distintivo práctico del seguidor de Jesús.

El evangelista, queriendo describirnos este momento por dentro, desde el corazón de Jesús, dice esto: "Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo".

Fijémonos en este amor. Nos llega también a nosotros. Es lo más grande que ha pasado nunca. Dejemos que nos toque, que nos afecte. En esos momentos decisivos, cuando nadie a su alrededor sabe a ciencia cierta qué pasará, el Maestro quiere que, por encima de todo -fe, dudas, miedo-, los discípulos sientan que les ama.

Hermanos y hermanas: Que nuestro jueves santo sea también una experiencia de amor. El mandamiento nuevo del Señor tiene dos movimientos que se aceleran mutuamente: "Como yo los he amado..." y "que se amen unos a otros". Cuanto más sintamos que somos amados, más amaremos.

Jesús "se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido".

Con este gesto, Jesús nos revela, casi sin palabras, de qué amor nos está hablando. Cuando le vemos quitarse el manto, pensamos en el despojo esencial de su encarnación: "Él, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo" (Fil. 2: 6-7).

Es este mismo amor de humildad y de servicio el que nos pide el mandamiento nuevo que nos da: "Como yo los he amado", dice, y también: "También ustedes deben lavarse los pies unos a otros". El que quiera ser grande que sea el servidor de todos...

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasolidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)